



Plaza de toros de la Real Maestranza de Ronda durante una corrida goyesca celebrada con motivo de la fiesta de Pedro Romero. (Foto Garrido.)

A-132-30-Septiembre-1964.

# COCTEL «PARTIE» EN RONDA

**O**RDÓÑEZ todos los veranos corresponde a los cóctel "parties" de la Costa del Sol dando él un cóctel "partie" en su casa de Ronda, en la plaza de toros de la Real Maestranza de Ronda.

Allí va toda la Costa: Marbella, con sus duques y sus lores, y Torremolinos, con sus bellezas "fatales", sus madrileños y su alegría. Todos emprenden esa penosísima subida por el Tirol malagueño, pues a Ordóñez todos le quieren. Es un gran amigo, un hombre noble, un gran artista y la figura máxima del toreo actual. Si está o no retirado no se sabe; eso es cosa de taurinos.

Ronda siempre está engalanada. Ronda se sabe preciosa; a pesar del pegote que planta en cada pueblo andaluz el gusto horroroso de los que construyen su Caja de Ahorros, y que aquí han venido a levantarla enfrente de la plaza de toros nada menos...

Pero, si no se mira hacia arriba al pasar en sus cercanías, no se da uno cuenta, y la ciudad no tiene ángulo que no sea extraordinario de belleza, movimiento y gracia arquitectónica.

Todo el mundo va al venerable Hotel Victoria, que es un Gibraltar pacífico, que había tocado el fondo de su decadencia y que estos años se ha visto limpio y remozado.

La vista del hotel es única, su hermosura increíble, y allí va todo el público antes de la corrida a ver al "dueño de la casa", a Antonio. Unos quieren entradas que no quedan; otros, van sólo a darle las gracias, y las "conquistadoras", a mirarle de cerca.

Pero en Ronda se despendola siempre la hora, y ya es tarde si no se quiere llegar con retraso a la recepción.

La plaza de toros es preciosa, pero es incómoda, sobre todo a la entrada, en la que hay que formar largas colas donde se desmayan los que padecen claustrofobia.

Luego, dentro rige el sistema de "todos somos hermanos", o sea que se encuentra usted un chiquillo desconocido sentado encima de un pie, y es milagro que no os enseñe una entrada de "pie" nuestro.

Pero nadie protesta, porque en ese momento salen las calesas y los coches enjaezados a la andaluza y tripulados por preciosas rondeñas, vestidas de grabado de Gustavo Doré, que llenan de alegría la plaza, y que es a modo de unas "tapitas" que nos sirve Antonio en su recepción.

Luego salen las cuadrillas vestidas a "la moda de Goya", como se dice cuando Goya no está aquí, y que si en los matadores no cae mal, luego va perdiendo precisión hasta llegar a unos areneros, alguno de los cuales parece que va de chino. Pero todo eso aumenta el sabor y la gracia que tiene la fiesta.

Luego van saliendo los torillos, que no saben lo que ocurre, y de pronto se ven ante primeras figuras de la tauromaquia —porque Antonio se lleva un amigo para que le ayude a recibir..., este año era Aparicio—, y estas figuras les hacen lo que quieren, y de pronto, y sin que haya mediado un mal modo, les matan.

Y así se desliza afablemente la recepción hasta el momento en que sale un toro con más presencia que los demás, y dando esa sensación de peligro que deben dar los toros para que se justifique el que los maten, y entonces la fiesta ha llegado a su cenit o "climax", como dicen en la Costa. Y se convierte en una ceremonia

ritual, la de recordar, aunque sólo sea una vez al año, cómo son los moldes clásicos del toreo de la escuela rondeña, para que luego cada cual lo matice con su personalidad y manera especial de hacer.

Antonio realiza esa faena, fijando al toro, citándole, embarcándole, cargando la suerte y dejándole en sitio para la nueva embestida, así una y otra vez, y de una y otra manera, y entonces, como cantaba Federico de la corrida de Ronda, "parecía que la tarde se ponía más morena..."

Pero Antonio sabe que muchos de sus amigos de infancia, que muchos de los hijos de estos amigos no han encontrado sitio para presenciar su faena, y por eso, antes de ella, y porque sabe el significado y la trascendencia de lo que va a hacer, abre las puertas de su plaza para que la presencie todo el que quiera; que él torea ese día para sus paisanos y amigos, ¡pues no faltaba más! Y se oye un estallido de alegría de ese río entusiasta que entra desbordando el callejón.

Luego anochece y, antes de irse, los huéspedes de Antonio se despiden de él. Las "vamps" de la Costa intentan llevarse al mar para prolongar la fiesta, y los demás se asoman al maravilloso circo rondeño, a toda esa sierra, que es otra gigantesca plaza de toros y que, en sombra ya, se incendia por detrás, como si el sol se hubiera caído en Arcos, en Medina o en Villamartín.

Luego, los huéspedes de Antonio Ordóñez, se desparraman, llevándose el recuerdo de su afectuosa acogida, del curso que ha explicado durante la celebración de su "partie".